

león como rey de Italia y asistió á los juegos olímpicos que se celebraron en honor del vencedor de Marengo. Con estas impresiones y estas visiones resplandecientes de gloria, en que se renovaban las festividades de las antiguas repúblicas griegas, llegó Bolívar á Roma. Después de admirar las ruinas del Coliseo, subió al monte Aventino, el monte sagrado del pueblo romano, en compañía de Carreño-Rodríguez. Desde allí contemplaron ambos el Tíber que corre á su pie, la tumba de Cecilia Metella, y la vía Apia al lado opuesto; y en el horizonte, la melancólica y solitaria campiña de la ciudad de los tribunos y los Césares. Impresionados por aquel espectáculo, que despertaba tan grandes recuerdos, hablaron de la patria lejana, y de su opresión. El joven adepto, poseído de noble entusiasmo, estrechó las manos del maestro, y cuenta que juró libertar la patria oprimida. Esta escena dramática, que tiene algo de teatral, jamás se borró de su memoria: « Recuerdo, decía veinte años » después, cuando fuimos al Monte-Sacro en Roma, á jurar » sobre aquella tierra santa, la libertad de la patria. Aquel » día de eterna gloria, anticipó un juramento profético á la » misma esperanza que no debíamos tener » (11).

Pasaron seis años, y la revolución venezolana vino por la fuerza de las cosas y no por acción individual. El papel que representó en ella Bolívar, no correspondió á sus entusiasmos juveniles ni prometía al héroe que debía hacerla triunfar.

---

» y concluyó diciendo: que la Nueva Heloisa de J. J. Rousseau no le » agradaba, pero que el estilo era admirable ». — En una carta suya á Sucre de fecha 7 de Julio de 1824, inserta en la colección de « Cartas del Libertador » (Memorias de O'Leary, t. XXIX), le dice: « Constesto la » carta que ha traído Escalona, con una expresión de Rousseau, cuando » el amante de Julia se quejaba de ultrajes que le hacía por el dinero » que ésta le mandaba: esta es la sola cosa que Vd. ha hecho en su » vida sin talento ».

(11) Carta de Bolívar á Simón Rodríguez, cit. en la nota anterior.

Después de su segundo regreso á Caracas, había vivido la vida sensual de un noble señor feudal de la colonia, alternando la residencia en sus haciendas en medio de esclavos que trabajaban para él, con sus mansiones placenteras en la capital. En 1809, al recibirse Emparán del mando de Venezuela, se le atribuye la duplicidad patriótica, — que le honra por un lado y lo sombrea por otro, — de haberse intimado con el nuevo capitán general para vender sus secretos á los que desde esa época preparaban la revolución. Así, su nombre se ve entre los conjurados que asistieron á las reuniones secretas; pero su persona no figura entre los que concurren al cabildo abierto en que Emparán fué depuesto por el voto del pueblo. Consumada la revolución, no se le ve asumir actitud definida. Nombrado coronel, á título de herencia, del regimiento de milicias que mandaba su padre, en la circunscripción de sus haciendas de campo, no tomó ninguna parte en los aprestos militares. Al fin, su figura se diseña vagamente en la escena política; pero no como hombre de pensamiento ó de acción, sino como diplomático en una misión equívoca, que tenía por objeto declarado buscar un *modus vivendi* pacífico con la antigua metrópoli. Volvemos aquí al año de 1810, en vísperas de su viaje á Inglaterra.

#### IV

La misión conjunta de los tres agentes venezolanos, solicitó una audiencia del ministro de relaciones exteriores, que lo era á la sazón el marqués sir Ricardo Wellesley, la que le fué concedida en carácter confidencial. Bolívar, como el más caracterizado y el que mejor hablaba francés, llevó la palabra en este idioma. Olvidando su papel de diplomático, pronunció

un ardiente discurso, en que hizo alusiones ofensivas á la metrópoli española aliada de la Inglaterra y expresó sus anhelos y esperanzas de una independencia absoluta de su patria, que era la idea que lo preocupaba. Para colmo de indiscreción, entregó al marqués, junto con sus credenciales, el pliego de sus instrucciones. El ministro británico que lo había escuchado con fría atención, después de recorrer los papeles que se le presentaban, contestóle ceremoniosamente: que las ideas por él expuestas se hallaban en abierta contradicción con los documentos que se le exhibían. En efecto, las credenciales estaban conferidas en nombre de una junta conservadora de los derechos de Fernando VII, y en representación del soberano legítimo, y el objeto de la misión era buscar un acomodamiento con la regencia de Cádiz, para evitar una ruptura. Bolívar no había leído sus credenciales ni sus instrucciones, ni dándose cuenta de su papel diplomático; así es que, quedó confundido ante aquella objeción perentoria. Al retirarse, confesó francamente su descuido y atolondramiento, y convino, que el plan de la misión de que no se había hecho cargo, estaba calculado con tanta perspicacia como sabiduría (12). Así sería siempre Bolívar, como político y como guerrero. Preocupado de una idea interna, personal; sin darse cuenta de los obstáculos externos, ni tomar en cuenta la opinión del medio en que se movía, iría siempre adelante, persiguiendo sus sueños ó sus propósitos; y vencido ó vencedor, perseveraría en ellos, cediendo á veces, para reaccionar después, sin leer « con sus ojos intelectuales », según su propia expresión, otros documentos que los escritos en su mente por su maestro Carreño-Rodríguez, ni ver otra

---

(12) Datos comunicados por don Andrés Bello, secretario de la misión conjunta y testigo presencial de la escena. Véase Amunátegui: « Vida de don Andrés Bello » pág. 88-89.

cosa que su « alma pintada » en ellos. Por el momento, era la idea de la independencia lo que lo llenaba, y allá iba por la línea recta.

Á pesar de estos traspies diplomáticos, la Inglaterra que tenía su plan hecho respecto de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, contestó á las proposiciones de los comisionados, redactadas en el sentido de sus instrucciones, que la Gran Bretaña no se consideraba ligada por ningún comprometimiento á sostener país alguno de la monarquía española contra otro, por razón de diferencias de opiniones sobre el modo con que debiera arreglarse un sistema de gobierno, con tal que convinieran en reconocer al soberano legítimo. Bajo esta base, ofrecía su mediación, para reconciliar á las colonias disidentes con su metrópoli. Á la vez, renovaba con más amplitud la anterior circular de lord Liverpool á los gobernadores y jefes de las Antillas inglesas, recomendábales proteger á los nuevos gobiernos sud-americanos contra toda agresión de la Francia, y les encargaba muy especialmente promover con las colonias amigables relaciones mercantiles, sea que reconociesen ó no la autoridad de la regencia de Cádiz (13). El resultado era satisfactorio y no podía esperarse más; pero como se ve, fué debido á los cálculos de la política inglesa más que á la habilidad de los noveles diplomáticos venezolanos.

Durante su permanencia en Londres, conoció por la primera vez al general Miranda, é iniciado en los misterios de su Logia; afilióse en ella, renovando el juramento del Monte Sagrado, de trabajar por la independencia y la libertad sud-

---

(13) Proposiciones de los comisionados de Venezuela, y contestaciones del gabinete británico de 21 de julio de 1821. Circular de lord Liverpool á los jefes de las Antillas de 7 de diciembre de 1810. (« Docs. para la hist. de la vida pública del Libertador », t. II, pág. 514 y sig., núm. 467.)

americana. Así se ligaron por un mismo juramento en el viejo mundo, con un año de diferencia, Bolívar y San Martín, según antes se relató. (Véase cap. II, § XII). Al contacto de la llama que ardía en el alma del precursor de la emancipación, la de Bolívar, encendida ya con las chispas de las ideas de Carreño-Rodríguez, se inflamó. Lleno siempre de su idea, volvió á olvidar sus instrucciones reservadas, que le prevenían, no recibir inspiraciones de Miranda ni tomar en cuenta sus planes, que podían comprometer la aparente fidelidad de la Junta de Caracas. Pensando que la presencia de Miranda en Venezuela, daría impulso á la idea de independencia, invitó á regresar juntos á la patria para trabajar de consuno por ella.

Bolívar regresó á Caracas al finalizar el año de 1810 (5 de diciembre) conduciendo un armamento, y lo que creía más poderoso que las armas, al general Miranda, símbolo vivo de la redención del nuevo mundo meridional. Durante su ausencia la revolución venezolana había mudado de aspecto, y su horizonte empezaba á nublarse.

Al tomar conocimiento de la revolución de Venezuela, la regencia de Cádiz declaró rebeldes á sus fautores; y esquivando la mediación de la Inglaterra, le declaró la guerra con amenaza de severos castigos, decretando el bloqueo de sus costas. El consejero de Indias Antonio Ignacio Cortabarría, anciano respetable, con la investidura de comisario regio, fué encargado de intimar la sumisión, y en caso de resistencia someterlos por la fuerza. Miyares fué nombrado capitán general en reemplazo de Emparán. En las Antillas españolas se prepararon elementos de guerra para sostener el ultimátum. Esta provocación, rompió el primer eslabón de la cadena colonial. La Junta de Caracas, rechazó la intimación, reunió un ejército de 2,500 hombres para mantener su actitud, y confió su mando al marqués Fernando del Toro, rico propietario, improvisado general, ordenándole atacase la plaza de Coro, baluarte

de la reacción en la costa occidental de Tierra-Firme. Después de algunos combates parciales, el ataque sobre Coro fué rechazado (28 de noviembre de 1810). El ejército de la Junta, emprendió en consecuencia su retirada. Interceptado en su marcha, por una división de 800 hombres con un cañón y 4 pedreros, en el punto denominado la Sabaneta, la desalojó de su fuerte posición al cabo de dos horas de fuego, y continuó su marcha, perseguido de cerca por los corianos fanatizados, y hostilizado por las poblaciones del tránsito. El novel general, que había mostrado poseer pocas disposiciones militares, efectuó su retirada hasta Caracas, con pérdidas considerables. Por entonces las hostilidades quedaron suspendidas de hecho, por una y otra parte. Tal fué el resultado de la primer campaña revolucionaria de Venezuela, en que se cambiaron las primeras balas entre insurgentes y realistas.

Este era el estado político y militar de la revolución cuando á fines de 1810, Bolívar y Miranda llegaban á Caracas.

## V

Al pisar de nuevo la tierra americana, el precursor de su emancipación contaba sesenta años de edad. El pueblo lo recibió con grandes ovaciones. El gobierno le confirió el título de teniente general de su ejército. La juventud vió en él un oráculo, de cuyos labios iba á brotar la palabra reveladora del destino. Los soldados, lo consideraron como un presagio de victoria. Todos cifraron en él sus esperanzas. Sin embargo, su influencia no se hizo por el momento sentir en la marcha de los negocios públicos. Grave, taciturno, de palabra dogmática y con opiniones intransigentes incubadas en la soledad, no admitía discusión, aunque buscaba prosélitos. Sus primeros actos no correspondieron á la expectativa pública.